

Imprimir en Lima durante  
la colonia  
Historia y documentos,  
1584-1750

PEDRO GUIBOVICH PÉREZ



IBEROAMERICANA • VERVUERT • 2019

# Índice

Agradecimientos .....	7
Estudio preliminar.....	11
De los repertorios bibliográficos a la historia del libro ...	13
El establecimiento de la imprenta en Lima .....	22
La producción de un texto impreso en Lima colonial....	30
La gestación de la obra .....	30
La censura preventiva estatal: licencia y privilegio.....	35
El financiamiento de la impresión.....	49
Las limitaciones materiales.....	54
Los impresores y las imprentas.....	58
Los contratos de impresión .....	63
La corrección de pruebas .....	68
El tiraje de las ediciones.....	69
La fe de erratas .....	71
La tasa.....	74
Composiciones poéticas e índices .....	75
La cubierta de los libros .....	77
La impresión en Europa.....	78
Géneros literarios en Lima colonial .....	83
Impresos eclesiásticos .....	83
Impresos sobre gobierno civil .....	92
Impresos sobre la universidad y la cultura intelectual..	94
Impresos sobre ciencias aplicadas.....	100
Formatos de los libros y géneros ausentes.....	103
Conclusiones .....	114
Apéndice documental.....	117
Bibliografía .....	317

## Estudio preliminar

Protegidos por una cubierta de amarillento pergamino lucen muchos de los textos impresos en los tiempos coloniales. Era ciertamente la encuadernación más empleada y, según algunos estudiosos modernos, la que ha garantizado que aquellas obras hayan llegado a nosotros. Cuando penetramos en su interior, notamos al pasar sus páginas que estas tienen una textura muy suave y, a veces, áspera; sobre ellas se despliega una tipografía que a primera vista nos puede desconcertar por su falta de regularidad, la cual suele estar acompañada de viñetas y grabados, por lo general poco elaborados. Seguimos pasando las páginas y advertimos que la caja del texto ocupa unas veces la mayor parte de ellas, dejando un margen muy reducido, en el que figuran de modo escueto las referencias bibliográficas usadas por el autor; otras veces, la caja aparece encerrada en un recuadro rectangular. Más aun, cuando comparamos dos copias de un mismo ejemplar, nos puede sorprender notar variantes en el texto mismo, en los preliminares o en el color de la tinta... Todas estas marcas nos recuerdan que el texto impreso de los tiempos de la dominación española era producido de modo artesanal.

Además, cuando se examinan los inventarios de las bibliotecas coloniales o las listas de libros destinados a la comercialización, se advierte que la presencia del impreso colonial es bastante reducida. Aquí y allá aparecen citados los títulos de algún libro, por lo general de tema religioso; abundan sí los impresos de origen europeo. Dada la dependencia política de estas tierras con respecto a España, es comprensible que el impreso salido de los principales centros editoriales peninsulares esté numéricamente bien representado, pero también es posible encontrar otros fabricados en Lyon, Colonia, Roma, Venecia, Amberes y otras ciudades con poderosas

industrias tipográficas. Lima, Cuzco, Arequipa y Chuquisaca, por solo mencionar algunas ciudades, eran dinámicos mercados para el texto impreso local e importado debido a la existencia de un público lector.

De discreta presencia ayer y hoy en las bibliotecas y repositorios documentales, el impreso salido de los talleres limeños tuvo una significativa gravitación en el contexto social, político y cultural de los siglos XVI, XVII y XVIII, y su historia está pendiente de ser revelada. Este estudio sobre la producción de los textos impresos coloniales busca responder dos preguntas centrales: ¿cómo se producía un impreso, en particular los libros, en los siglos coloniales?, ¿qué tipos de impresos produjeron los talleres limeños? Argumento que la producción impresa tuvo “rasgos coloniales”, esto es, fue consumida en el ámbito del virreinato; ello debido a su temática eminentemente local, el público al cual iba dirigida y las condiciones materiales de su producción.

Antes de continuar, dos precisiones importantes. En primer lugar, el marco temporal de mi estudio va desde 1584 hasta 1750. Se inicia en 1584, cuando empezó a funcionar la primera imprenta en Lima a cargo del turinés Antonio Ricardo; y concluye, de modo un tanto arbitrario, en 1750, en un momento en que la producción tipográfica en Lima se halla plenamente consolidada, con la presencia de cuatro impresores en actividad. En segundo lugar, no trato los cambios que el texto tenía por la intervención de los censores designados por las autoridades o de los operarios de un taller de imprenta, porque no tengo forma de documentarlos.

Como no podía ser de otra manera, este estudio introductorio sobre la imprenta se ha construido sobre los cimientos dejados por otros. En tal sentido, es de justicia no soslayar los aportes realizados por los eruditos bibliógrafos en los siglos XIX y XX. Por ello, en la primera parte hago un recuento de ellos como una forma de situar mi propio trabajo en una perspectiva histórica. Luego, reconstruyo la historia del establecimiento de la imprenta, lo que permitirá ver que, desde sus inicios, imprimir fue una actividad sujeta al control de los poderes constituidos mediante la censura.

En tiempos recientes, los estudiosos sobre el libro han vuelto a llamar la atención acerca de su materialidad. Así, por ejemplo, Leslie Howsam ha precisado que el libro no solo es un *texto*, sino

un *objeto* y, que, como tal, contiene la evidencia de su propia fabricación; porta no solamente un texto en sus páginas, sino un *texto adicional* en su formato, materiales, diseño e impresión.<sup>1</sup> Tomando como punto de partida lo propuesto por Howsam, la parte central de mi ensayo propone una reconstrucción del proceso de producción de un impreso y detalla los géneros literarios salidos de los talleres locales; la bibliografía española sobre la historia del libro y la imprenta en el Siglo de Oro ha sido de enorme ayuda en mi trabajo. En un apartado final, expongo los tipos de impresos no producidos en el contexto colonial y ensayo las causas de esta ausencia. Este estudio va acompañado de un Apéndice documental sobre impresores, imprentas, editores y autores de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Un estudio sobre la producción de las imprentas limeñas permite, como advertirá el lector atento, no solo revalorizar un aspecto de la historia cultural soslayado frecuentemente por los investigadores, sino además entender que los textos fueron resultado de complejas relaciones sociales, políticas y económicas. Además, ellos expresan, no pocas veces, las expectativas, las aficiones literarias, los gustos estéticos y la ideología de sus autores y gestores. En suma, cuando leemos los impresos en clave histórica, ellos adquieren una enorme valía como testimonio de un periodo central de nuestra historia nacional.

## **De los repertorios bibliográficos a la historia del libro**

A diferencia de la literatura sobre la imprenta en México colonial, la existente para el caso peruano es abrumadoramente escasa. Esto es atribuible a las características y al desarrollo de la historiografía peruana de los siglos XIX y XX. Aunque autores como Manuel Atanasio Fuentes, Sebastián Lorente y Manuel de Odriozola publicaron en el siglo XIX importantes colecciones de documentos históricos relacionadas con la historia colonial, ellos mostraron escaso interés por la cultura libresca del periodo anterior a la guerra de la independencia. Esto se explica por la persistencia de la lectura negativa que se tenía sobre el periodo colonial; para muchos,

---

1 Howsam 2015: 4.

entendido como importante en el devenir histórico de nuestro país, pero cuestionable, dado el supuesto dominio del fanatismo y la intolerancia religiosos.

Sin dejar de tener una apreciación negativa, Mariano Felipe Paz Soldán (1821-1886) leyó el pasado colonial de manera algo más matizada que muchos de sus contemporáneos. En 1879, empezó a publicar por entregas, con el título de *Biblioteca peruana*, un listado de “cuanto se ha impreso en el Perú o acerca del Perú, con breves noticias”, en las páginas de la *Revista Peruana*. Concibió su obra como un aporte al estudio de la historia de la civilización del Perú y, al mismo tiempo, una prueba de la ligereza con que algunos escritores aseguraban que en el Perú solo se publicaban folletos. Entendía la bibliografía como un “seguro y casi infalible medio de conocer el estado político, social y moral de una nación”. Tal disciplina constituía un poderoso estímulo para el progreso intelectual de un país, ya que los hombres de letras desearán ver registrado su nombre y producción en ese catálogo “que bien puede llamarse de la inmortalidad”. Paz Soldán denominó a su trabajo Biblioteca y no bibliografía, porque, según sus propias palabras, “demandaría mucho tiempo y aumentaría el volumen, si pusiera una razón detallada de las distintas ediciones de ciertas clases con otras indicaciones bibliográficas”.<sup>2</sup> Lo publicado por Paz Soldán fue de un enorme alcance, ya que comprendió 7.500 referencias.<sup>3</sup> Hay consenso en la crítica contemporánea en que su mayor aporte está en los registros de las publicaciones periódicas, principalmente de la época temprana de la república. Desafortunadamente, la suspensión de la *Revista Peruana* en 1880 truncó la obra cuando no se había completado el duodécimo capítulo y, aparte de los anunciados índices de títulos y autores, faltaban todavía ocho divisiones de la clasificación general.<sup>4</sup>

---

2 Paz Soldán 1879: 2-4.

3 Tauro 1952: 414.

4 Desde una perspectiva científica actual, Paz Soldán no puede ser considerado un bibliógrafo y, en consecuencia, su obra presentaba muchas deficiencias: traduce indebidamente al español los títulos de los libros aparecidos en otros idiomas basado en la errónea creencia de que solo aquel idioma era conocido en esta parte del mundo, y en cada caso agrega una somera mención de la lengua original; abrevia con frecuencia los títulos, para reducir la transcripción a la parte esencial o la que fuese más conocida; omite indicar la imprenta, el formato y el número de

Fiel a su ideario liberal y antihispano, Paz Soldán consideraba que el sistema de enseñanza del virreinato era “un monumento de imbecilidad” y que en los centros de instrucción “nos ponían en la mano libros pésimos, llenos de errores y patrañas; en todos se vendían palabras por conocimientos y falsas doctrinas por dogmas”.<sup>5</sup> No obstante este prejuicio, tan propio de la época y en especial del contexto en el que le cupo escribir, marcado por un fuerte antihispanismo, Paz Soldán fue pionero en historiar la imprenta colonial, con lo cual implícitamente le reconocía un valor en el desarrollo del devenir histórico y cultural del Perú. Ofreció algunas breves noticias sobre los primeros impresos en su bibliografía y sobre la mayoría de los impresores de los siglos XVI y XVII, y trazó los rasgos generales de la industria tipográfica en los siglos XVIII y XIX.

Los ensayos bibliográficos sobre el Perú colonial fueron inaugurados por el investigador chileno José Toribio Medina (1852-1930). El origen de su interés por la imprenta, como el de otros bibliógrafos latinoamericanos, estuvo asociado a la literatura colonial. En la década de 1870, siendo bastante joven, Medina se involucró en el estudio de la literatura del Chile colonial. Aun cuando empezó a reunir materiales para ello en su país natal, fue durante su estancia en Lima en condición de miembro de la legación diplomática de su país, entre marzo de 1875 y mayo de 1876, cuando pudo acopiar no solo información, sino también libros y manuscritos antiguos. En Lima, trató con Ricardo Palma, Manuel Mendiburu y otros hombres de letras, quienes alentaron su trabajo y le proveyeron de información valiosa sobre autores y obras.

Medina prosiguió sus investigaciones en bibliotecas y archivos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España. Fue precisamente en este último país donde entró en contacto con algunos bibliógrafos, quienes por entonces venían publicando eruditas tipobi-

---

páginas; incluye entradas especiales para el contenido parcial de algunos libros, o para artículos aparecidos en publicaciones periódicas, de las cuales solo ofrece el título; cita de manera general revistas históricas o documentales, y aun colecciones de libros; y, además, concede a las advertencias y las remisiones la misma validez que la descripción de los impresos. De modo que, anota Alberto Tauro, los datos que ofrece quedan reducidos a los que suele constar en los catálogos de librerías y, debido a la falta de índices, generales, la consulta de la obra no resulta fácil (Tauro 1952: 414).

5 Paz Soldán 1868, I: 5.

bliografías o monografías sobre la producción impresa de diversas localidades.<sup>6</sup> Tales trabajos debieron incentivar a Medina a llevar a cabo una tarea similar para los países americanos. Entre las diversas tipobibliografías dedicadas a las ciudades americanas dadas a conocer por el erudito chileno destaca *La imprenta en Lima, 1584-1824*, aparecida entre 1904 y 1907. Medina siguió muy de cerca el modelo de los colegas españoles contemporáneos al ofrecer una detallada descripción bibliográfica de los impresos, acompañada en algunos casos de reproducciones fotográficas de sus portadas. Las colaciones incluían la indicación del formato y el número de páginas, los autores y las fechas de los escritos en prosa y en verso insertos en los preliminares. También registró las diversas ediciones de una obra y su localización en bibliotecas; y discutió, cuando consideró necesario, las características del impreso objeto de estudio. De manera más extensa y rigurosa que Paz Soldán, suministró abundantes noticias acerca de los impresores y las imprentas de Lima a partir de la información contenida en los propios impresos; y con la publicación de transcripciones de documentos (muchos de ellos procedentes del Archivo General de Indias), de algunos de los preliminares de los libros descritos y de información secundaria procedente de repertorios bibliográficos y obras de historia, buscó reconstruir —para usar un concepto grato a Robert Darnton— las “biografías” de las obras registradas.<sup>7</sup>

Mientras Medina recorría archivos y bibliotecas en América y Europa haciendo acopio de datos y documentos, Carlos Romero realizaba sus pesquisas bibliográficas de manera silente y discreta en la Biblioteca Nacional, en Lima. Había empezado a trabajar en ella en 1883, como auxiliar, cuando apenas contaba veinte años, durante la dirección de Ricardo Palma, a quien el gobierno del general Miguel Iglesias había encargado la reconstrucción del establecimiento vandalizado por la oficialidad y la soldadesca chilenas. A fines del siglo XIX e inicios del XX, Romero se ocupó de las tareas propias de su cargo y sirvió de asistente a Medina. El propio Romero ha referido cómo fue Enrique Torres Saldamando, otro erudito

---

6 Pérez Pastor 1887, 1891-1907, 1895; García López 1889; Escudero y Peroso 1894; y Valdenebro y Cisneros 1900, entre otras. Una descripción detallada de las tipobibliografías españolas en Marsá 2001: 171-183.

7 Darnton 2006.

aficionado a la Historia, quien lo recomendó al estudioso chileno dadas sus aficiones bibliográficas. Medina, que entonces preparaba su tipobibliografía limeña, le encargó el registro de diversos impresos limeños, tarea que Romero cumplió con especial dedicación. En 1928, Medina volvió a Lima, donde permaneció cuatro meses. Durante ese tiempo acudió diariamente a la Biblioteca y volvió a pedir la ayuda de Romero. Este último escribió años después: “Yo se la otorgué lealmente, decentemente, tomando colación de las obras que allí existían, pero reservándome las que yo iba tomando en otras bibliotecas para mí”.<sup>8</sup>

Fruto de este paciente trabajo de recopilación de registros bibliográficos y de documentos, Romero compuso sus *Adiciones a la Imprenta en Lima, de José Toribio Medina*. Consideraba su obra como una continuación o segunda parte de la del bibliógrafo chileno, y pensaba que tenía particular importancia, pues ofrecía en su mayor parte colaciones bibliográficas de impresos limeños, algunos de ellos ejemplares únicos y no citados por ningún autor nacional o extranjero. No pocas de esas piezas habían sido adquiridas por el propio Romero a precios ínfimos y, una vez usadas por él, cedidas a la Biblioteca Nacional, donde desaparecieron en el incendio del 10 de mayo de 1943. “Destruídos así esos libros y papeles, no queda más huella de esas publicaciones que mis papeletas bibliográficas, con inserción de trozos de los libros descritos, pues mi obra reviste el carácter de una biblio-antología”, escribió con pesar.<sup>9</sup> El valor de la obra de Romero reside también en un hecho sustancial: su trabajo de investigación en bibliotecas privadas y conventuales, y el Archivo Histórico Nacional, en Lima. En este último, por ejemplo, localizó diversas escrituras notariales referidas a los dos primeros impresores limeños: Antonio Ricardo y Francisco del Canto, y otras sobre la venta de papel, el arrendamiento de imprentas y la venta de cartillas.<sup>10</sup>

---

8 Romero 2009: 18.

9 *Ibíd.*

10 Diversas escrituras sobre Antonio Ricardo y Francisco del Canto hace ya bastante tiempo desaparecieron de los protocolos notariales del Archivo General de la Nación. En la actualidad se conservan en la New York Public Library. En el año 2013 tuve oportunidad de consultar dicho fondo documental. Las escrituras muestran que fueron cortadas con una pequeña tijera. Para la descripción de las mismas, véanse Vargas Ugarte (1945) y Lohmann (1965).

El importante trabajo de Romero no fue conocido porque quedó inédito hasta tiempos recientes. No obstante ello, hubo quienes lo consultaron para obtener información, aunque sin conceder los créditos que se debían.<sup>11</sup>

Como Romero, el historiador jesuita Rubén Vargas Ugarte fue un laborioso bibliógrafo. Desde mediados de la década de 1930, había empezado a recopilar fichas bibliográficas para uso personal, que luego decidió dar a conocer, a partir de 1956, en varios volúmenes titulados *Impresos peruanos*. Aunque admirador de la obra de Medina, no dejó pasar ocasión para manifestar sus reparos. “Hay que reconocer —escribió Vargas Ugarte— que el incansable bibliógrafo no llegó a verlo todo y que en su trabajo faltan descripciones completas de algunos impresos y, sobre todo, se echan de menos muchas producciones salidas de las prensas de la capital del virreinato”.<sup>12</sup> El afán del jesuita por emular la obra de Medina se hace manifiesto en el plan de sus *Impresos peruanos*, concebidos como más ambiciosos que el trabajo del erudito chileno, porque no se ceñía a la producción impresa de Lima, sino que incluía la de otras ciudades como Trujillo y Arequipa, y no se detenía en 1824, sino que se extendía hasta 1825, inclusive. A diferencia de Medina, Vargas Ugarte restringió su obra al registro bibliográfico y omitió la inclusión de documentos acerca de los autores mencionados o que

---

11 Como un ejemplo, cito lo escrito a propósito de la primera edición del *Apologético* de Juan de Espinosa Medrano. Luis Alberto Sánchez anotó que “su aspecto europeo, elzeveriano, análogo al de las obras salidas de las prensas flamencas, hace muy dudoso que sea auténticamente limeño, a pesar del pie de imprenta, tanto más cuanto que en 1694, el impresor Quevedo había muerto hacía 15 años”. Sánchez sigue, por no decir copia, a Romero, quien sostuvo que se trataba de una edición hecha en Europa (1927: 39). En efecto, Romero tuvo a la vista las dos ediciones (1661 y 1694) y en su opinión la segunda había sido impresa en el Viejo Continente. Al respecto escribió: “el libro no ha sido impreso en Lima sino en Europa, probablemente en Amsterdam o Lyon, a juzgar por la limpieza de la impresión, variedad de tipos, viñetas y letras de adorno y, sobre todo, por el formato, 16º alargado [...] tan común en aquella época en los libros franceses y holandeses, no así en los españoles, y mucho menos en los limeños, donde no se encuentra ni un solo libro parecido. Reimpreso el *Apologético* en Europa, supongamos en Ámsterdam, en 1694, el impresor ha copiado la portada dejando el nombre del impresor limeño, y es por eso que aparece Juan de Quevedo imprimiendo libros quince años después de muerto” (Romero 2009: 102).

12 Vargas Ugarte 1952: 43.

de alguna manera guardaban relación con las obras citadas. “Medina nos prestó un verdadero servicio al incluir muchas piezas de este género en su *Imprenta en Lima*, pero en realidad se apartó un tanto de su fin principal, convirtiendo su obra en una colección de documentos”, sentenció.<sup>13</sup> El método descriptivo de Vargas Ugarte, como él mismo reconoce, es similar al empleado por Medina. Enmendó las veces que pudo la obra de Medina, identificó numerosos impresos desconocidos y proporcionó valiosa información sobre la historia de la imprenta colonial, esta última a partir de la documentación notarial conservada en el Archivo Nacional y, en particular, en el Archivo de la Beneficencia Pública de Lima. *Impresos peruanos* puede ser considerado como el más completo inventario de textos coloniales. Otros investigadores han avanzado en las líneas de trabajo iniciadas por Paz Soldán, Medina, Romero y Vargas Ugarte en lo que se refiere al estudio de la producción y circulación de los impresos en el periodo colonial. Tales son los trabajos de Carlos Prince,<sup>14</sup> Guillermo Lohmann<sup>15</sup> y Graciela Araujo.<sup>16</sup>

Vista en conjunto, la bibliografía existente describe la historia temprana de la imprenta en el Perú colonial y proporciona un valioso elenco de los tipos de textos publicados. Se trata de una literatura muy erudita, anclada en el quehacer historiográfico del siglo XIX, y que se ha caracterizado por no dialogar, en el siglo XX, con las tradiciones historiográficas de otras latitudes también interesadas en la historia del libro y la imprenta. Hay que reconocer que el rol que desempeñó la imprenta en el contexto colonial no fue una preocupación central entre los eruditos autores de los siglos XIX y XX, aunque sí estuvieron presentes ciertos elementos de la producción tipográfica tales como el formato y la tipografía (por ejemplo, Medina y Vargas Ugarte). En tal sentido, sin proponérselo, conectaron con la historiografía europea sobre el tema.

La importancia del proceso de producción de los textos ha estado presente en los importantes estudios de Lucien Febvre, Henri-Louis Martin y, en tiempos más recientes, de Robert Darnton. Publicada en 1958, *L'Apparition du Livre*, de los historiadores

---

13 Vargas Ugarte 1956: v.

14 Prince 1897.

15 Lohmann 1984, 1985a, 1985b, 1995.

16 Araujo 1952.